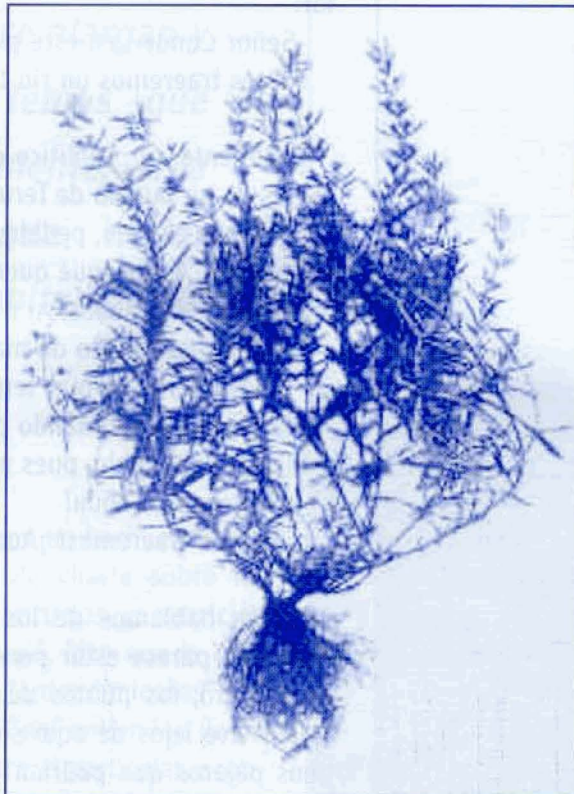


AJEDREA

(Satureja montana)

Matilla de unos 10 a 15 cm de altura áspera al tacto y muy parecida al tomillo, pudiéndolos diferenciar principalmente por la época de floración y el tono de la hoja, ya que es a finales de Julio cuando florece, siendo con el espliego las dos aromáticas que podemos encontrar en flor y manteniendo la hoja con un tono verde claro todo el verano, época en que el tomillo ha terminado su floración, con la hoja muy gris, dando la apariencia de estar seco.

Posee en las hojas unos minúsculos hoyitos llenos de esencia, lo que le da un intenso aroma si se toca o



pisa.

Se cría sobre suelos calcáreos, secos y pedregosos, como los nuestros. Es una labiada con propiedades tónicas y aperitivas, utilizada en algunas zonas de Levante y Aragón para aliñar aceitunas. Se usa también como tisana echando media cucharadita de café en una taza de agua hirviendo, después de las comidas principales para ayudar la digestión. Se emplea asimismo el cocimiento de media onza de ajedrea en un litro de agua para lavativas, lo mismo que las de tomillo.

La ajedrea, junto con el tomillo y espliego, y debido a su abundancia en toda la provincia, son la base para que las abejas elaboren la conocida miel de la Alcarria.

SAI

Cuentan de un perro

“Pasas más hambre que el perro del tío Marianico”.

En Maranchón, como en todos los pueblos antaño, un perro valía lo que ayudaba. Ya fuese como pastor o como guardián, el perro debía ganarse el sustento, y no vayáis a creer que comía a la carta: las sobras de las comidas, pan duro y lo que pudiese él encontrarse. Y en aquellos años, en la mayoría de las casas no sobraba mucho.

Así las cosas, cuentan que un maranchonero tenía un perro al que parece ser que trataba bien, vamos, que el perro comía bien (debía ser casa de ricos). Un día ese maranchonero tuvo que ausentarse y, no sabiendo qué hacer con el perro, se lo dejó al tío Marianico.

Ahí comenzó la agonía del pobre perro que, acostumbrado a comer bien, se vio reducido a una dieta de pan duro y agua. El perro que no comía, y el tío Marianico que no cejaba, “ya comerás cuando tengas hambre”. Al fin, lo encerró en un cuarto donde tenía las patatas, dispuesto a que el hambre lo rindiese y comiese por fin el pan duro. No sabemos los días que lo tuvo allí hasta que fue a abrirle para ver si ya tenía hambre de pan... ¡y el pobre chacu-

rra se había comido las patatas!

A partir de entonces el perro comió de todo.

Como en las buenas fábulas, si hemos de sacar una moraleja, sería ésta:

“A buen hambre no hay pan duro”.

Pascual

